



Vista general del Tajo de Ronda, donde puede apreciarse la enorme cortadura geológica, que es la admiración de cuantos contemplan su maravillosa grandeza

## BELLEZAS DE ESPAÑA

# LOS JARDINES COLGANTES DE RONDA

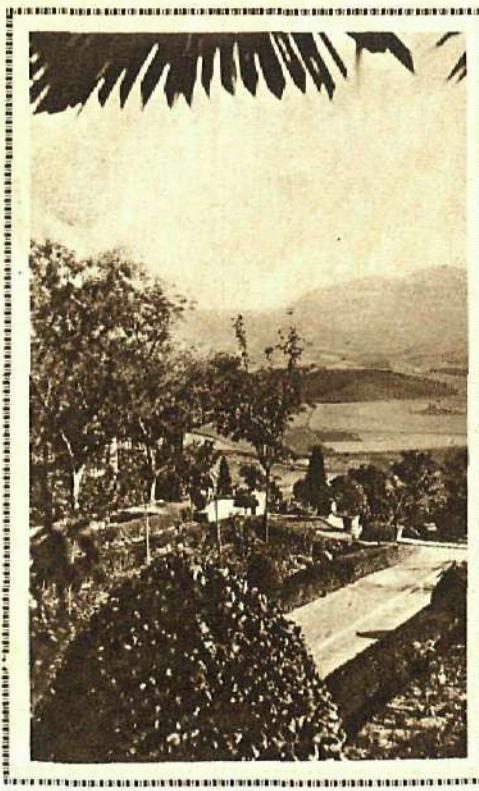
Qué no diéramos por que se hubiesen conservado en su maravilloso esplendor la pompa de las populosas urbes de Nínive y Babilonia, con sus famosos jardines colgantes, tan cantados por los historiadores?

Si juzgamos por las ruinas que las excavaciones han puesto al descubierto, las mentadas metrópolis asirias eran en su tiempo las Nueva York de aquellas remotas civilizaciones asiáticas, que pruebas tan esplendentes supieron legarnos de sus magníficas construcciones de arte.

Pero seguramente que los pensiles colgantes babilónicos fueron siempre el aditamento urbano de la vasta ciudad mesopotámica que más fascinó siempre la imaginación de cuantos leyeron de aquella atrevida obra de jardinería.

Existe en España una población enclavada sobre uno de los emplazamientos geológicos más atormentados, donde sólo una raza de titanes legendarios pudo imaginar el asentamiento de una ciudad. Esa población es Ronda, la famosísima ciudad del Tajo, no tan admirada como debiera serlo por sus múltiples méritos artísticos; pero, sobre todo, por sus maravillosas rarezas naturales. Figuraos una población dividida en dos mitades por las paredes verticales de un profundísimo barranco y unidas por el más alto y atrevido puente de mamostería existente, construido en el siglo XVIII.

Pero donde se puede formar idea más exacta de lo que debieron ser los jardines colgantes de Babilonia es en la Alameda rondeña, lindo paseo que se rompe sobre la pared cortada á pico del Tajo. Desde sus balcones se divisa á los pies la vega risueña del Guadalavín á una altura de



Jardines de la «Casa del Rey Moro»

más de cien metros, y se experimenta la rara sensación del vértigo del vacío, propio de las cumbres; y si no fuera por la recia balconada de hierro que defiende al admirado espectador del abismo, más de un visitante hubiera ido á cumplir la extraña ley natural del horror al vacío con que se quiere justificar el vértigo que producen los desniveles bruscos.

Un atardecer en la Alameda de Ronda, cuando el sol desaparece tras los riscos de la pétreo serranía rondeña, es espectáculo que Anatole France, pintor afortunado de semejantes escenas, hubiera descrito de mano maestra, y encarándose con el agonizante sol, le hubiera rendido gracias por la soberbia visión que le brindara en un escenario único en el mundo.

Ronda es visitada anualmente por millares de turistas extranjeros advertidos por las guías de las maravillas naturales de su famoso Tajo, sin igual en el mundo, figurando la visita á la ciudad andaluza como la primera etapa de la entrada en España por Algeciras.

Pero el turismo nacional está casi ausente de Ronda como del resto de España. Nadie desconoce tanto España como los propios españoles. El espíritu extranjerizado, tan arraigado siempre en las alturas sociales españolas, impone la expatriación del escaso turismo nacional, como si fuera incompatible la admiración de las bellezas naturales de España con las de Suiza; el recreo de los tesoros artísticos nacionales con los de Italia.

Por eso se impone una decisiva cruzada en pro del turismo peninsular. Los españoles tienen todos la obligación moral de conocer, antes que